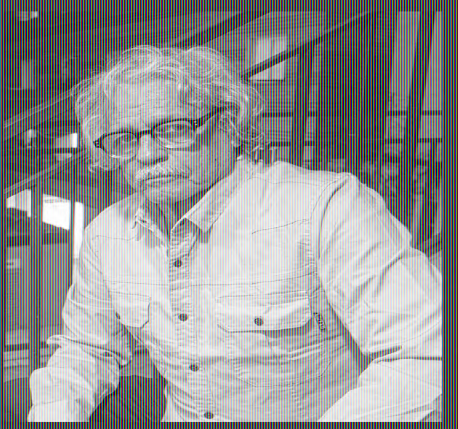
William Osuna

LETRAS Y POSTALES a EUA



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA



William Osuna
(Caracas, 1948)

Poeta, editor y docente. Ha dirigido e im
importantes espacios para la difusión
como la *Revista Nacional de Cultura*
Camino y *A Plena Voz*. Presidió la Fu
Editorial El Perro y la Rana. Entre sus po
fundamentales fi guran *Mas si yo fuese*
buen poeta (1978), *Antología de la m*
(1990), *Miré los muros de la patria mía* (A
2008) y *Carta de ciudadanía* (2008).
ha recibido reconocimientos como el
Municipal de Literatura (1983), el Premi
José Antonio Ramos Sucre (1976) y el
Nacional de Literatura. Es Maestro Ho
de la Universidad de las Artes (Unearte
actualidad preside la Fundación Casa N
de las Letras Andrés Bello.

Letras y Postales a EUA

Letras y Postales a EUA

William Osuna

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1.ª edición en Colección Sureditores, 2023
2.ª edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2026

Letras y Postales a EUA
© William Osuna

Corrección
Olga Molina C.

Diagramación
Odalis C. Vargas B.

Diseño de portada
Arturo Mariño

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C.A., 2026

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
Municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.
Teléfono: (58-212) 485.0444 y 482.8989

Hecho el Depósito de Ley

Depósito Legal: DC2026001745
ISBN: 978-980-01-2705-6

Antiguas notas de armonía

La poesía de William Osuna tiene su centro en la representación, con una desgarradora fidelidad a la primera preceptiva del hacedor al que nada humano le es ajeno. He ahí su ganancia más sublime, pues el hilo en que enhebra sus dolores y anhelos se desliza por los laberintos sutiles de un «yo» que se deja quemar por lo cotidiano y en esos senderos deja su huella.

Esta manera de decir es testimonio y proyección del sueño. El sujeto desaparece en el velo de la lengua y de sus tejidos livianos regresa para dejarse ver, para mostrar el fruto de un tiempo en su escenario común, como la transparencia de una ilusión que viene de la vida misma y a ella regresa para buscar la dimensión de lo eterno.

Poesía es esta que tiene como atracción principal su capacidad de ser desde una fisionomía propia. Gracias a ese hallazgo se permite luego ir más allá del lenguaje en el que ha trazado las coordenadas de su dominio. Para más, el poeta se arriesga y propicia el curso de las extensiones, explora en el discurrir y permite la confluencia de todo lo que está en movimiento. Lo grande y lo pequeño requieren una mirada aguda y él lo sabe, asume entonces su existencia como parte inseparable de las otras; como el gran Walt Whitman, contiene multitudes y va a merced de los recorridos de lo diverso, penetra en meandros de otros con una expresión directa y de complejidades sutiles. Trabaja

con una proyección de la imagen que se nutre de giros imprevistos, visiones que con la enunciación visceral del dolor humano enervan el curso de su fábula y se filtran a través la más pura tradición literaria, a través la liberación de la necesidad de expresarlo matizado con la imaginación frondosa.

La capacidad de ser desde una fisionomía propia genera una galería de combinaciones cuyas referencias refieren una cultura que sobrepasa al propio sujeto y permiten que el lector perciba cómo la operación del arsenal de lengua agrega belleza a lo que ya es hermoso por su dimensión vívida.

Gracias a esos hallazgos se permite luego ir más allá del lenguaje en el que ha trazado las coordenadas de su dominio. Con mucho, el poeta se arriesga y propicia el curso de las extensiones, explora en el discurrir y permite la confluencia de todo lo que está en movimiento.

En lo interior del lenguaje, en las soluciones de las estructuras del texto y en la versificación liberada de atadura alguna, se presupone el todo como una manera legítima de sacar a la luz la herencia de la que es confluyente, pero no como una vena más, sino como un río nuevo, con sonoridades únicas. Osuna carga sobre sí la memoria de los días numerosos, se aferra desde la tradición; pero con una preceptiva abierta; con una concepción del verso como tejido de voces que buscan la armonía. Su obra ha sido jalonada por el ritmo de un pensamiento que bebe de lo más lúcido de sus antepasados y con ello asume lo dúctil, domina las mareas de una historia en la que el sujeto ha sido signo de resistencia. Al entrar en los tonos, en la respiración que la palabra sugiere, vemos la extensión del verso, largo y ascendente, fruto del entorno social, de

los sucesos históricos, e inmerso en lo transformador. Por esa razón se advierte una suerte de prosaísmo claro, centrado más en la verdad de lo que se enuncia que en una perfección que nunca sería tal si renunciara a su mayor ganancia, la de existir más allá de lo ornamental. No podría ser de otro modo ante una expresión de la lengua que se manifiesta mediante la búsqueda de los reflejos de la naturaleza en la percepción de seres cuya sinergia tiene el olor de la tierra que vibra con la percusión de los ancestros. El místico, Osuna lo es, alcanza su estado natural cuando la palabra se eleva desde el ojo y traza la parábola de los delirios, cuando el fervor viene con tonos diversos, así dilucida lo que presupone el axioma que ganara suerte en los múltiples poetas que fue Fernando Pessoa. Osuna es entero, como ser y como voz de todas sus apariciones. Alarga o contiene su versificación porque se reconoce y busca su esencia en el ser que se manifiesta en la palabra. Tal vez por esa razón su poesía es tan singular. Lo mejor que le puede pasar a un poeta es dominar su lengua desde la memoria del acontecer de su trama y Osuna se muestra como una lectura mayor porque su escritura es la proyección de un personaje cuyas mutaciones tienen un escenario diverso, pero desde una sola verdad, la de la existencia más allá de los códigos previsibles. El lector se encontrará con un sujeto que es un río de seres comunes, seres cuya carga espiritual se va urdiendo para convertirse en el arquetipo del ser humano que aún no ha llegado y el poeta nombra porque sabe que está allí como un cercano amigo, quizá oculto como el hermano Miguel, aquel que lo fuera de Vallejo y ya de sucesivas generaciones. Está el lector ante una voz que se ha fugado de su tiempo y ahora va hacia otra parcela, hacia esos espacios en los que

la palabra es otra vez otra. Con un diálogo poco común en la poesía, William Osuna es un poeta sincero y, por eso mismo, estremecedor. Esto pudiera tomarse como una línea común, pero en el caso vale aclarar que se trata de lo singular en sus aspectos principales: un acto de fe, la construcción de un sendero y la espera del otro como parte del todo. Ni ideas preconcebidas, ni formas prefijadas, en fin, nada que no sea parte de la fidelidad a su autonomía y a la provocación del lenguaje.

Cuando el visitador se acerca a la palabra, ve en ella otra dimensión de sí misma, otro modo de cavar en las imágenes sucesivas para percibir la fiesta de los sonidos en el cauce ininterrumpido de lo cotidiano.

Los tonos íntimos, las voces de más allá de los límites se cruzan en las más antiguas notas de armonía, como si entonara canciones de trabajo, con la confianza y paciencia de saber que halamos el mismo arcón, el de la existencia; presos de la soledad, se van unos y otros en una nave cuyo destino no es el olvido sino las evidencias de la vida, de lo que está siempre a punto de renacer. Porque se trata de una poesía actante, fluida, incansable, la que viene de nuestros antepasados y se va de nuestros ojos hacia otro tiempo irrepetible.

Rigoberto Rodríguez Entenza

Letras

Le digo señor para que se mire en el espejo, anude su corbata, vea mundos varios y acomode sus palos de golf.

Afuera arden los potes de basura. Sé que en casa, alguien, quién lo sabe, le ordena el garaje, las herramientas, asegura los peldaños de la escalera de incendios, refuerza los cables de acero, cuida de sus mapas.

Le escribo frente al vacío que convoca la débil llama de un trozo de vela.

Ayer usted impuso su violenta oscuridad. Los ojos de mi mujer parpadean hermosos, brillan como la mirada de un gato montado en su antena.

No le adelanto los alaridos de la carne quemada y del polvo amargo que usted anima entre sus muchachos, de eso hablaremos luego.

Se está evaluando la escena del crimen: Jesse James no fue el que robó nuestro dinero y nuestros tambores de gasolina; el picahielo, la máscara antigás, los tubos de pólvora son de usted, el perro lo descubrió en un armario de su despacho.

Un día de estos Broderick Crawford vendrá en su Buick 55 y le pondrá los ganchos.

Dedos de Oro barnizó en dorado las chimeneas de Londres, la bacinilla de la reina; el resto la rapiña lo depositó en el Banco de Inglaterra.

Usted nos amenaza con el exterminio, triturarnos con su ejército de aguas negras, no se atreva.

Los jinetes de la muerte romperán sus anillos contra el cielo de Washington.

La gran nación de poetas, cantores y beisbolistas apagará su luz por el resto de sus días. Las rocolas de Las Vegas se volverán polvo en el desierto. No más peluca ni lacas en el cabello.

Observe:

En la calle las manchas de aceite reflejan los enormes edificios, pasa el águila americana, el gran circo.

Los muchachos partieron temprano en sus carros de guerra, cantan a las estrellas y a un sol rojo de vivo alacrán.

Mañana matarán, morirán, regresarán como medalla o bolsa plástica. Las trompetas quebrarán los rincones del silencio, una mano se enlazará a otra mano.

El sol bajará a beber agua en un extremo del espejo.

Donde florecen los lirios, se esparcirá el aroma de la campanita y el pájaro de múltiples colores cantará sobre la piedra blanca.

Usted lo percibe.

En Wall Street está a punto de sonar el martillazo de la ruina.

La multitud sabe que el portaaviones Arizona naufragará en la tormenta que viene, con sus generales y su arsenal nuclear.

Ayer lo soñé, usted no reconocía las aguas de su origen, el canto *blues*, lamentos de algodón en campos de lejanía; los muchachos de Klan blandían sus antorchas por los pasillos de la Casa Blanca; el *gang* de John Smith arrojaba las cenizas del barrio Chorrillo lejos de las costas de Panamá.

En un camión de mudanza se llevaban tierra mexicana: los senadores celebraban a dos manzanas del Congreso de los Estados Unidos los funerales de Puerto Rico, Filipinas y Santo Domingo; en el medio tiempo del Super Bowl, exhibían hasta el infinito los minutos finales de Salvador Allende, los Rockets incendiaban el Palacio de la Moneda, la escena se repetía y se repetía en pantalla gigante.

Doris Day era una linda chica:
en el asfalto quemaban conchas
de naranjas; residuos de
la vieja Babilonia.

La multitud hacía fila
para fotografiarse con el Kennedy,
por un dólar te prestaba
su gorra militar, por varios,
detrás de la cortina,
te mostraba su cráneo agujerado;
    a seis manzanas de distancia
de ese evento, en las puertas de
un teatro abandonado, Abraham Lincoln
hacía lo posible: forcejeaba frente a la taquilla,
    trataba de impedir la venta de boletos,
los actores resignados trabajaban para un público
    ausente.

En el aire giraba la rueda del lucro. Harry S. Truman
bailaba *Star*
Dust sobre una nube radioactiva por las noches de
Japón.

Vagaban los *hippies* por el país de las inmensas
autopistas y del acero. —Muchacho, en la radio
colocan tu canción—. De nuevo habían perdido la

estelar contra la gran maquinaria y los toneles de química.

Alguien lija listones de madera para millones de féretros en los aserraderos de Louisville.

No sé quién pondrá los muertos.

Ustedes son de cuidado.

Presidente, le repito, lo de El Chorrillo fue bestial.

La humanidad no lo olvida, sabe de la masacre contra la población civil en los lugares de Hiroshima y Nagasaki.

Resulta difícil comenzar de cero. Ahí se perdió lo humano: por culpa de sus predecesores, los muchachos de mi cuadra llaman a la nación del viejo Whitman, Criminalandia.

Un ejemplo: Guantánamo surge como consecuencia de un botín de pirata y garfio, arrancada a Cuba en 1902 mediante la enmienda Platt, capítulo contemplado en la Constitución de su país; en la actualidad Guantánamo es una cabina de torturas, criadero de huesos, documento del horror;

¿Quién me dice que respecto a Colombia no sucederá lo mismo?

Le obsequio este dato: antes de usted asumir la presidencia planificaban asesinar al presidente de mi país, no sé si ratifica esa demencial agenda.

Hablo de sus antecesores, Doctor Murder y su secta de Skull and Bones, es claro.

Si le dije señor es por principio de familia, costumbres parroquiales heredadas de mis padres.

Espero merezca el trato epistolar: ningún señor va por el mundo arrojando bombas, destruyendo ciudades, mutilando niños, quemando arrozales, el trigo y la sed de la gente. Escuche testimonios, la polvareda de Gaza, la destrucción de Bagdad.

¿Quién gobierna a su país?
¿En qué supermercado
se abonaron
a Colombia?
¿Cuánto les cuesta
como instrumento
de la guerra?

Usted tiene sangre y gasolina en las manos.

Todas las tardes, por mandato suyo, los muchachos justicieros, solían marchar por la ciudad incendiando lugares: un cubo de basura, una señal de tránsito, la estación Altamira, cabinas telefónicas, árboles y de vez en cuando seres humanos.

En su guerra solo quedarán cenizas sobre
cenizas. Piénselo.
Sixto el Pecoso y el Flaco Meza levantaron las
alcantarillas, esperan a los pandilleros de
Cráneos y Huesos en la esquina de Pinto.

Ya rompieron las botellas y se quedaron con el
pico en las manos.

Orlando y José Aníbal se subieron en el carro
de Elías y se marcharon a los cielos. Allí
fundarán granja. Libres de todo fuego. Los
niños dibujarán un mar azul con nubes y
enormes pájaros de mar.

Señor Presidente este no es su hangar, dígales
no a los maestros de la guerra.

Aquí nacieron los padres de nuestros padres y
los padres de ellos y así hasta el principio de
nuestros ríos y mares, en el primer pez y el
barro y la noche universal hasta el sonido del
viento y del verbo.
Esta es nuestra tierra.
Igual se los dijo el viejo Walt, quemando su
hierba democrática frente a las costas de Long
Island. Aquí nada les pertenece.
Afuera sopla buen viento. Espero lea esta

carta. Va dirigida a usted.
Apunte su Colt hacia otro lado.
Me dicen que los Iluminatis no pertenecen a
este planeta y que usted es un robot con
cables y pilas conectadas desde otras
galaxias. Desde allá lo dirigen.
Usted sabe que Buck Rogers no los salvará.
No archive estos papeles en los *X-Files*.
Ayer se llevaron a Mulder, lo sé.

Escuche señor Presidente.

El muchacho que ustedes quemaron
contra los alaridos de la tarde.
El que dejaron sin piel, hueso pelado sobre
el asfalto, ardió en cristal molido.
El de rostro que avisa un simulacro de
pájaros, no asistió a su cena.
Manchó de cenizas las agujas del reloj.
Ese día palo en las costillas y palo en las
circunstancias y así se fue sonando como
tambor en el noticiero de la tarde.

Volaban sus gritos por toda la ciudad al
borde del espejo
como quien espera su sombra.
Aquello apareció como si las cosas
estuviesen rompiéndose

detrás de los alambres,
pasaban automóviles llenos de lluvias
y los gallos cantaban sus agujeros al cielo.

Qué de malo hizo decían en la familia, la
tan suya, la tan mía.

El odio amarillo y negro
salía de las alcantarillas.

En Madrid murmuraban: él se lo buscó.

En Washington se caían los tablones del
espectáculo.

Escuche señor Presidente.

Usted en su oficina
lanzaba monedas al aire

Entre pedazos de latón y sol desprendido,
caía la sombra en sus campos de golf.

Caracas era una estrella de polvo.

Una flor de piedra
guindada en los balcones.

Colombia no es una carreta de flores y esmeraldas, su música no es el vallenato ni el porro ni cualquier hermosura que venga de los negros; su música viene del bosque como chirrido de sierra mecánica.

Luz Marina y John Jairo dicen que se resume en amores desplazados, besos de viudos y autocines fronterizos.

Yo le compro golosinas, apuntan ambos, nuestra cosa es de principios. A Colombia la perfumo con esencias que recojo en el camino que pasa por Manizales, dice John Jairo.

Así le quito ese intenso olor a formol y a tacos de algodón empapado
con sangre recién lavada.

Colombia me regala
su fruta madura,
coloca en mis
manos piedras pulidas,
yo le obsequio mi luna
de ciego.

En Bogotá me mandé a diseñar un esmoquin con unas telas que le sobraban a Jotamario Arbeláez, nunca tuve otro igual.

Si viene la guerra, me lo pondré para brindar por la paz con el Mono

Rendón. A mí que me busquen en el gajo de Juan Manuel Roca o al sur del Capanaparo, más allá de toda ciencia, horneando pan con Germán Pinto Saavedra.

Tulia Restrepo, si viene la guerra de seguro no tendrá tus ojos.

Me iré con William Ospina por la línea amarilla a fundar patria lejos de la huesera fratricida.

Temprano, le caeremos a Santiago Mutis en su parla acompañado de Joe Broderick y Nicolás Suescún, muy cerca de Álvaro Miranda con su caimán de muelas de oro. Luis Darío Bernal Pinilla: que el aire me borre si no invoco tu amistad.

Amo a Colombia, pero le condiciono mi lado en la cama. Cuando se acuesta con esa quijada de burro bajo la almohada, me invade cierta incomodidad.

Desconfío del Palacio de Nariño y del cártel de la guerra.

Las oligarquías apátridas se sienten protegidas. Requieren su *sheriff,* sus bombarderos Stealth, sus computadoras parlantes y sus montajes bélicos.

Señor presidente de los Estados Unidos de América y un tantico de Colombia, Doctor Murder: no me agradan las bases de la guerra.

Si ustedes percibieron a Granada como una amenaza para Norteamérica por construir un aeropuerto, no me pida que vea a sus soldados como mansos corceles pastando en los campos de manzanas de Johnny Appleseed.

No sé qué mala idea les ronda a los chicos; cuando están fuera de casa son capaces de violar a una ametralladora.

Necesitan matrimonio y menos drogas. Ahora mismo leo la crónica de sus desmanes.

Venezuela es una nación pacífica. No lo voy a atiborrar de datos y fechas heroicas.

Lea nuestra historia, quienes fuimos en el siglo XIX, Bolívar, el caso Santander.

A lo nuestro, tengo casi la edad de Ambrose Bierce cuando se alistó en el ejército de Pancho Villa.

Necesito una oportunidad;
usted necesita una oportunidad,
todos necesitamos una oportunidad,
aún no he escrito mi primer cuento.

Mis cinco hermanos cubanos: Fernando, Ramón, Gerardo, Antonio, y René regresaron a casa.

¿Terminó la guerra en Colombia?
¿Lo que escribí se volvió alas?

Señor presidente de los Estados Unidos, están vendiendo los anillos de la guerra,
aleja tu maquinaria infernal,
llévala detrás de los molinos de hierro,
colócala en un baño del cementerio de Arlington o en los galpones de la General Motors,
tan bonita, todo ese cachivache con ruedas
de goma, luces
intermitentes,
un infierno de belleza,
esmeralda brillante contra el sol.
El doctor Williams te compararía con
el asfódelo, esa flor
verdosa que brota en el infierno,
nunca se vio cosa igual en el cielo de Panamá:
aquello bramaba como una vaca gozosa,
derramando fuego
sobre la carne inocente,
todo lo convertía en polvo y cenizas,
comiendo vidrio,
dando alaridos contra la tierra, boca rota.

Los montes quemados rugían en la candela, se metían en las casas y se sentaban en los muebles, visita de cortesía del maquinón.

Ahora no le sirve la manivela de moler huesos, ni la compuerta de arrojar humo detrás de las ballenas.

Los ministros de la guerra esconden la última reserva de gas, lotes de carbonería y los metales de los campos arrasados.

Se están aflojando las tuercas del Fort Knox.

En tu agenda nos arrojaste al cuarto de las hienas.

La orden no se cumplirá.

El maquinón se quedará varado en el lodo, botará las tuercas en una fosa de caimanes, lejos del Caribe.

Los aviones se quedarán suspendidos en el rincón de un cielo cobrizo, cuajados en el aire.

Nunca más podrán aterrizar en tierra alguna, la orden de calcinarnos se quedó atrapada detrás del espejo.

Si te asomas, la mañana reflejará campos de flores y mujeres
asoleadas bajo el blanco del día,
hombres bebiendo agua con las manos en cuenco,
niños camino de la escuela,
el tornasol de los caballitos del diablo,
el rojo de las cochinillas.

No te emperres Doctor Murder. Si vienen, les pasaremos raqueta.

Los muchachos de la esquina de Pinto rompieron las botellas y se quedaron con el casquete en la

mano, te esperan en la cancha. No le temen a tu pandilla.

Sixto el Pecoso afiló la navaja.

Cayeron las semillas de las matas de jabillo; el árbol de acacia soltó su flor de gallito. Cero mata a cero pero tú quieres matar a millones.

En la esquina El Viento prendieron la fumarola, mascan el polvo, uno a uno se pasan la piedra de amolar.

Te sonó el doble campanazo. Esta no es mi guerra ni la de los míos.

La noche sube en su escala universal, el sol se esconde en los callejones de Caracas.

La luz se derrama mojada en los rostros de la multitud. Cierre la llave de paso. Algo sucede.

Doctor Murder, ayer en el senado sacaste tu lengua de víbora.

En el borde del abismo duermen los niños,
gimen en la oscuridad el nombre de sus padres,
lloran enjaulados en los gallineros de Texas.
Se acerca el fin: a tu maquinón se lo están
comiendo las polillas, no lo puedes evitar.
Todo está anotado en los registros
de la Rue Morgue, escribes los nombres
del desamparo.

De un cabo de vela sacas cera para untar en los ojos de los muertos, les colocas una moneda y los dejas en desiertos y ciudades.

La prensa se encargará de coletear el piso, limpiar la sangre derramada, esconder el picahielo: el frasco de veneno con el que contaminas el agua de los pobres.

Dicen que eres su gracioso animal.

Cuando asistes a los cocteles, te cruzas de brazos, te paseas por el salón.

Los poetas no quieren incluirte en sus poemas.

Eres demasiado evidente, arrojas candela por el culo,

manchas el cielo de cenizas,

cinco ancianos cuidan de ti:

uno te cepilla los dientes,

otro te lima las uñas,

los otros tres no saben qué hacen a tu lado.

Te guardan las llaves de la jaula.

No das para un poema.

Resulta mejor escribir sobre la crecida de los ríos; el habla y el canto de las piedras.

Hermoso suena el aguacero en Caracas, el Guaraira Repano moja su barba violeta en un círculo de plata.

El huerto de mi infancia trae aromas de junio, maduró el guayabo.

Aquí no vengas con tu boca pintada a mostrar tu lengua de víbora.

Quédate en tus palacios con tus cosméticos, cajas de tinte, y tus pelucas de paja encendida.

Puedes marcharte. Nada te falta.

Tienes un edificio de vidrio, una escalera eléctrica que desciende a los infiernos y un ataúd aerodinámico con aire acondicionado para que te conserves y no te coman los gusanos.

Le cuento, señor Presidente:

La zamurada hace sombra bajo el cielo de Caracas, aletea contra los ventanales de los edificios.

El humo de las gandolas en llamas se mete en apartamentos y barrios.

En las autopistas, coles, legumbres podridas, carne quemada de hombre o de cerdo se dispersan entre los alaridos de la tarde.

El coima de barrio montado en un tanque de gasolina celebra con sus muchachos la candela.

Ah muchacho con tetas,
mala ubre,
carnicerito de abril,
cuando llegues a viejo te pondrás sostén y ligueros.

Como Flebas, el Fenicio, llorarás tus infortunios en las puertas de tu urbanización.

Caracas es un vagón rojo y crema que cruza el horizonte, va desprendido entre los aros de la molienda, suena como vapor en fuga, vuela.

Allí voy agarrado al tubo niquelado, miro por la ventana, tu boca de fresa, mi ciudad de cielos de cobre.

Todo pasa de humo y tabaco hacia los barrios del sur; cerca del cine Riviera, se clava el cine Reforma, más allá el Lincoln y sucede Cantinflas reventando los cueros del cerro Primero de Mayo.

El carretón de Ben Hur.
Los ojos violetas de Liz Taylor.
Judy Garland desprendida hacia los cielos con el gotero de aceite para untarle entre las bisagras
al hombre de lata.

Detrás de los edificios se levantan remolinos de polvo, una pared blanca que divisa el Cementerio General del Sur, donde miras al otro lado la tumba del pelotero José Pérez Colmenares.

En un baldío, los muchachos se galoparon la burra de Pestana, ayer uno de ellos le compró flores y una botella ámbar ranurada para acariciar ese cuerpo de tormenta que se avisa: dientes de burra, dientes de mula, en el pajonal quedó la aguja de oro, nadie la encontró.

En el barrio, los conejos miraban por la ventana.

Las pelotas de béisbol quebraban los vidrios, reventaban los faroles de la tarde.

Preguntas, Doctor Murder:

¿Cómo se siente ser escupido en todo el planeta,
que no haya sitio donde
esconderte, avión dónde volar, que ya no tengas paz
jamás?

Me siento como un buzo sembrando tuercas en el
fondo del mar. Me
pesan en la balanza por un saco de sal, lodo y ceniza.

Al que viene le arrancan sus muelas de oro.

Me desnudan allá donde las serpientes abandonan
sus huevos.

Soy un abejorro sin alas, ascendiendo en el laberinto
de las multitudes.

Me alimento de hierro molido, bebo la arena de los
supermercados.

Soy un golpe sólido en la mesa de billar, un edificio
gris, encallado como
un viejo barco en un callejón de la Calle Real Prado
de María.

Soy un judío detrás de los alambres,

un palestino que lleva en sus alforjas los ladrillos de
su casa,
el verde festivo de un limonero,

un poeta comunista devuelto como pastilla de jabón
en los baños de
los aeropuertos, un negro atado por el Klan a los
rieles que conducen
a Memphis, escupido y linchado en el terminal de
pasajeros, buses de Cabudare.

Nuestro amigo homosexual voló con sus zapatillas
sobre el humo
de las chimeneas, se llevó los ojos de carbonero de
Federico García Lorca.

Estoy parado frente a la confitería del cine
Hollywood.
Ayer tus muchachos andaban en pandillas,
soplaron fuego en el cuerpo de un próximo.
Caballo y ron en el asfalto.

En el cambio de luces de las autopistas, una
anciana depositó añosos excrementos.

Gracias, señora, por esa gruesa tableta, le gritaron
los motociclistas entre los aros de candela.

Señor presidente, Doctor Murder, a tu guerra
le crece una uña peluda de cal y ceniza, flota en el
medio del mar o en el aire de los cines.
Rasga el asfalto. Hubo uno de ustedes que tenía
gran maldad en la cabeza,
mandaba allí dentro raíces de puerco,
frascos de hielo,
materos que atentaban contra la humana inocencia.
Invitaba a su guerra:

¡A la guerra / A la guerra! arrojando cauchos por la
boca, cama de
clavo, cama de piedra, misma maniobra, mismo
personaje, micrófonos y
cometas, el odio doblaba su minutero. Sonaba la radio.

Como a eso de las 10:30 p.m., una pausa para
quemar el hospital de niños, pedías.
En lo alto de la candela aquello rugía como leones.
Se burlaba este hombre.
Tenía en el hocico un candado de palo, ponía
huevos verdes entre los números romanos.

Mi infancia es una hostia quebradiza,
me cubre de humo contra las paredes del cielo.
El viento la cuajó en el ojo de los gatos.
Miro por la cerradura:
pasan mis padres en un reflejo ocre, rasgando el
aire.
Esta mañana el sol ardía sobre el oro de mayo.
Deberías haberme visto en la vía, sentado sobre
los colores del amaranto y en el infinito azul de
los pájaros.

No tengo saudades.
Le devolví todos los boletos al tren fantasma
las llaves de mis candados las arrojaron al mar

Vivo en las esperanzas de los otros.

Caracas se abría como un sol de puertas batientes:
llegaban los muchachos del campo a colocar
su llave en el mazo de barajas.
Se paseaban como reyes montados en los autobuses
Circunvalación N° 5;
Gilberto Contreras se aferraba al pescuezo de su gallina blanca.
Rumboso ejemplar, esa gallina bailaba guaracha hasta el amanecer. Cuando Gilberto nos la prestaba, en sus ojos se avisaban cielos turquesas,
la hora en que bebían agua las corocoras.

Doctor Murder:
Soñé que estaba desnudo a la intemperie.
Acostado en mi cama, flotaba por la ciudad y por blancos edificios.
Cercano a las nubes, mi cuarto limitaba con las estrellas hacia un patio de aerolitos.
En el horizonte crecían membrillos en jalea y miel.
El árbol de guayaba que plantó mi abuelo, escarchado en oro desprendía sus frutos y todo giraba como una rueda mecánica por los caminos del universo.
Yo tenía una almohada y una lámpara incrustada en las terrazas del cielo.
Delante de mi cama cultivaba flores.
Tenía un jardín, una vaca marrón y un gato cazacometas.
Cerca de mí, el viento cantaba la música de los astros.

Pasaban inmensos barcos con los viajeros perdidos, mi padre en su
Buick marrón.
Mi hermano arrojaba latas de cerveza por la ventana, mi madre recogía semillas de ciruela. Saludaba con su manita blanca.

Hacia el sur giraban ciudades entre ladrillos iluminados.
Hacia el norte los paisajes se escondían detrás de avisos luminosos,
vivían dando alaridos,
había mucho humo allí dentro.
Eran paisajes de amoniaco y sal.

Yo volaba por los barrios de mi ciudad.
Miraba cada rincón.

En Santa Rosalía me gritaron los muchachos:
Epa Osuna, tienes la cara tiznada.
Así que me fui a completar mis abluciones cerca
de unas nubes que entraban por Petare, las aguas estaban a punto de reventar sobre el mar de oriente.

Mi cama iba atada a la cola de un
burro generoso, el burrito salía en los poemas de

antaño, era un celaje
arrojando candela por el rabo.
La ciudad derribaba sus puertas batientes entre los callejones
parroquiales,
pasaban los trenes,
saludaban las muchachas con sus pañuelos de colores.
Yo sacudía los hombros,
el cuello, como un campeón de box en su noche estelar,
reía,
sacaba la cabeza por una ventana de aire.
Caracas aflojaba en la esquina sus tuercas de acero.

Pasaban los peces ensartados por el hilo de la buhonería.

El cielo brillaba en jalea azul, como piel de foca.
Madonna mía necesito detalles, el mundo no me dice nada.

En las vidrieras miro los trajes de Primera Comunión, los mandiles sagrados.

La esquina de Velázquez.

PD: He aquí mis confidencias

SOY UN PAISAJE que sigue de largo.
Mis pensamientos rebotan de un lado a otro. Pasan veloces dentro de los ríos de mi frente:

el sol es una pata de perro colorado, esparce fuego por los caminos del cielo; alguien mira algodones sanguinolentos, barcos luminosos, una luna que vendrá.

Otro contempla desde los altos edificios el giro de nubes.
Nombra su rueda sobre el azul de la mañana.
En los recintos se siente el sonar de cuchillos.
El asesinato en la televisión, la televisión en el asesinato.

Se recomienda no agitar la bebida.

Desde la pantalla, como en una pesadilla,
nos apunta un dedo comido por la lepra. Grita la multitud.

El tren de las primeras horas resbaló entre sus ruedas humeantes.

Los reporteros revolotean como zamuros entre las víctimas y los heridos.
Culpan al de siempre.

Salpicado de sangre, mordiendo picos de botellas, sueño del sueño, oigo las voces de los heridos atrapadas en el tren.

Escribo: he andado descarrilado de mí.

Asesinaron al León del Desierto y a su familia.

La pandilla Los Demócratas se regocija y baila la muerte.

En todas partes se les ve: siempre a las puertas de un banco o de una funeraria, en un estudio de televisión.

Nos prometen la caza de la liebre, el cepo en la cola.

Exorcizo la volada, abro el Corán, leo sin orden: Yo estoy con vosotros entre los que esperan.

Son palabras sagradas, raíces del dolor.
El calendario agobia.

Descifro en la mesa el encaje de la hoja de tabaco.

Anoche los extranjeros orinaron sobre la arena.

Escribo la luna menguante, el peregrino predicando en la montaña, los campos que contempló el ciego de Jericó.

Se alinea el sol en Libra. Octubre derrama leche muerta sobre las calles de Trípoli y Sirte.

Ayer llegaron los mercenarios en operación conjunta a democratizar la muerte.

Frente al torniquete Sam Mackoy, Joe Palooka y sus Halcones Negros mantenían el orden, hablaban filantropías: los niños primero: caras peladas, llantos; todos envueltos en gasa como paquetes de chocolate.

En los hospitales, los ancianos y los adultos hacían fila; desde el agujero en la frente, buscaban en los escombros las profecías del Corán.

En la sombra recogían luces molidas en cero, cifras en la espesura del viento, lamentos en el ocre de la tarde.

Nada se oía, solo palabras proféticas.

Testimonios de audiencias: el más anciano arrojó el bastón al fuego y dijo: entre ellos vinieron creyentes; pero, en su mayoría son perversos.

La razón del exterminio es dinero, avisos luminosos, las ciudades convertidas en sarcófagos de oro y clavos de diamantes.

No sacarán provecho de nuestras riquezas, hablaban las paredes: serán consumidos por remolinos de candela.

Los caminos no los transitarán acompañados por ninguna estrella.

Los barrios que derribaron a pólvora y fuego, se elevarán, sobre la sequía y el estruendo ferroso que cayó en golpes de martillo.

Las polillas se comerán las actas de Wall Street.

Todo el dinero acumulado se filtrará en las cañerías junto con las aguas putrefactas de New York.

Una bandada de palomas torcaces vuela sobre la Gran Manzana.

Por cadena nacional televisiva, miss Snake declara en entrevista su serenata de muerte:

fuimos, vimos y murió:

cínica oralidad ante el falo nacional;

lengua bífida de vieja serpiente que succiona el casco de los ministros de la guerra.

Señora Hilaria; para toda la teleaudiencia, cantabas en la esquina; silbabas, acontecía en tu boca de marfil el *blues* de los niños mutilados.

Prendías la fiesta donde chocaban copas la banda Los Demócratas.

Recuerdo al hombre molido a palos frente a Los Jardines del Valle.

Matar un hombre con su descendencia resulta un valioso documento para Norteamérica.

New York: si me concedes la revancha, te prometo un endecasílabo sin sinalefa.

Estás de malas, los Yankees no clasificaron para la Serie Mundial.

Los chicos del Central Park se encuentran desanimados: nadie los contrata para ir a la guerra; no más héroes nacionales, ahora los sacan como huevos de serpiente en cualquier lodazal.

El uniforme del sargento York criará gusanos.

Desde hace rato Gary Cooper les dijo adiós a las armas.

No tienes los hombres suficientes que puedan parar esto.

En la calle Cherry un recluta se mutiló un dedo para pagar los giros vencidos del Buick niquelado; los sucesores de Sinatra no colaboran para llevar las grandes orquestas al desierto.

Nadie quiere viajar después de lo de Glenn Miller.

Desde hace tiempo estamos en la tercera guerra, presiento que será la última.

Entraste en fase demencial, piensas que el hombre árabe puede derribar tu puerta con una media luna.

No todos los dátiles vienen envenenados.

Omar Shariff no es el Che Guevara.

Trata de comprender: en la Casa Blanca están los locos que entrevió el Cio Ez desde su jaula de hierro.

Lo sé, si oprimen el botón pueden desaparecer los montes y ríos de Suramérica; convertir a Caracas en una chivera; solo quedaría el viento de la esquina El Viento, el ulular de unas ramas secas contra lo que fue una ventana.

Los gatos se subirían a los techos para contemplar la noche de los cohetes.

La garantía es mínima de que sobreviva alguien en Tinaquillo y en Long Island.

No lo olvides, si queda un pez, nadie debería comerlo.

En el espejo de la calle grabo estas palabras, estoy sentado en la cueva esperando señas.

Cual sea su virtud, no me gustan los estadios vacíos, amo esta tierra, dije en el foro, sin mucho alarde.

Esta mañana, mientras bendecía al cielo, pulí mis ganchos. Estoy listo.

AMO A NORTEAMÉRICA, Nueva York, Marilyn Monroe. El Greyhound donde Jack Kerouac atravesó el humo y la danza comanche sobre insondables autopistas.

Quiero ese territorio de piedras.

Parado en la gasolinera el sueño de Luther King me llama. Mi deber es evitar la muerte de Malcom X, desenclavar los hoteles de Memphis.

América, devuélvele las dos lucas y las cincuenta perras a Ginsberg.

Todo a su tiempo. La trompeta de Miles Davis abrió una grieta en la oscuridad. Miles vestía de punta en blanco.

Lucía lustrosos zapatos amarillos.

La triste luna de Kentucky bajaba por el gueto como un hilo de sangre.

Sálvate Norteamérica, ciudades, Filadelfia, Washington.

Tus edificios giran por el aire como catafalcos.

De vez en cuando, alguien se arroja contra los tubos de neón. Y no es el poeta Hart Crane.

Tu democracia de cables humeantes no lo puede impedir.

Guantánamo es un misterio. Cazas mexicanos como conejos.

El viejo Walt profetizó tu lomo de acero, las cifras de la campana.

No le supiste corresponder.

William Carlos Williams se fue bajo la lluvia en una carreta mojada.

El aire anida peces sobre los árboles.

Jimmy Hendrix toca duro la canción nacional, arroja candela por la boca.

Me agrada el verbo anarquista de Sacco y Vanzetti, las tonadas de Bob Dylan.

La vida en el bosque sin impuestos.

Guardo en una caja de zapatos las grandes atrapadas de aquellos campocortos que jugaron sobre la tierra roja de Chicago:

el fantasma de la calle 43 es nuestro.

Los Hell's Angels quieren camorra.

Detesto el vino de lata.

Tengo razones para pensar que alguien les puso una estaca entre las ruedas de las motocicletas.

Si el asunto es conmigo que me pasen una guacharaca.

La ley patriota nos condenó.

Te amo Norteamérica, tienes un descenso de hoja marchita.

Nos vemos en la esquina.

TENGO UNA CULEBRA CONTIGO, no te descuides. Mi aventura aún no comienza.

No derribo sombreros en la calle, ni en angustia me doy a la mar.

Todos estamos sollados, el presidente de los Estados Unidos es el más sollado de todos, lo vieron haciendo dedo en la carretera, y ningún auto paró por él.

Estoy enculebrado, las chicas de la avenida Roosevelt me olvidaron.

Ayer frente a las puertas de la altiva ciudad, vi como el polvo había disipado con todos los hierros los amores que perdí.

Mis poemas fueron inútiles.

Ninguno abrió las puertas del Reino.

Todos han sido quemados por su propia cuenta.

No hay componte,

los desesperados, siguen siendo los desesperados y aquellos a quienes alabé colgaron sus lanzas en los edificios más altos.

Mira tú.

Párame,

te canto la zona: si a trompadas vamos, que cada quien coja su palo

y mantenga señorío en su casa,
mis órganos van enlazados a su rollo y he aquí que grito desde el fondo de mi cabeza como asomado a un aljibe.

La otra noche me dijeron: «Ya no hay perros en la puerta ni mandril que te atormente».

«Deberías ir donde las bocas simulan y deslizan carcajadas y despreciables nombres son repetidos por una multitud paralizada en gesto de aplauso».

«Revuelca la palabra,
decide qué soga,
qué árbol,
qué estaca en trono de ofrenda».

«Búscate en el saco de las piedras».

«Márchate en un abismo de avenidas en busca de tu sombra, acelerado como una bomba de tiempo».

Te dejo en la esquina.

Raíces ásperas en las estaciones del Metro, perros veloces que el viento conduce hacia una raza de levantados.

Madre de los demonios. Dama de los malvistos,
voy pirao.
Está demás decirlo, doy mi vuelta de carnero,
mi salto mortal y ahora bailo mi salsa,

cercano a esa cumbre de escorpiones.
Hábil, como un apostador del café Edén,
sabré edificar virtudes en los ojos de mis ídolos.
No me detengo.

Desciendo a tus infiernos,
siento piedad por este valle de tinieblas.
Una navaja en el cuello es peligrosa,
un palo con estopa, gasolina y fuego,
ni se diga.

Marqué una señal en las puertas de mi tribu,
seguí la voz:
«Oradores y sabios, yo que no aspiré el poder de los césares, descubro un río rumoroso, distingo los arrases de mi infancia,
aguas de guillotinas, sobre un paisaje de arrodillados».

«Oradores y sabios, tal vez sea el momento para salir a la calle, y darle su golpe de conejo en la oreja del emperador».

Por las calles pasa la corte como asnos tatuados,
cabizbajos en sus automóviles.
Todo lo que disfruté quedó en un zanjón.

Estas imágenes vinieron conmigo.

Veo la calle que va a palacio, la ceremonia de los huesos.

A un país vuelto cero en polvo en las despensas de la mala calle.

En un aro de humo a los desempleados comerse los cables sobre el basurero de los días.

A los manes de mi ciudad venidos de la sombra. Estrangulados por los cuatro límites.

A los que se censaron en los grandes partidos. Acumulando fangos y el espejo les devolvió hocicos de cerdo mientras reían frente a un teatro clausurado.

A un sótano donde saltan las ratas por encima de monedas y billetes.

A un cerro pelado montado en una grúa y llevado hacia el centro del Atlántico.

A uno que fue al Congreso y escribió en papel tualé bellas crónicas de piratas, pensando que podría abrir su embajada en Tierra de Nadie y panfleteó y colocó un huevo de paloma, una pala y un pico en las puertas del senado por este siglo tedioso.

A la podredumbre de mi tiempo: automóviles despedazados en las vías céntricas, animales que huyen despavoridos ante sus verdugos como un alto honor en la ciudad de oro.

Una rueda de molino en el cuello del amor no hundirá los cuerpos bajo este ruido de sábanas y almohadas.

Para esto he venido.

Estoy en cancha contigo: vestido con pantalón blanco de santero, me calzo mi gorra de los Mulos de Manhattan, le doy vuelta al brazo, y lanzo una col podrida contra el ala derecha de esa tienda destartalada.

Junto al barranco del sueño, pongo el dispositivo.

Vamos tú y yo, unidos a la rueda, pisando a fondo el acelerador.

De un extremo a otro, donde risa y carcajada es lo mismo, y los peces prometidos se pudrieron a la sombra de un festín inútil, caminamos sobre ciudades en calma.

No importa, Doctor Murder, que tus seguidores digan: «No habrá mañana».

Debemos escribir, con el último carbón, sobre la lumbre y el fuego que nos acompaña.

VENEZOLANITO QUE VIENES: amo esta tierra, pueblos, ciudades, sus héroes anónimos.

Caracas, mi barrio, una casa blanca en el Sur, el aroma de un granado, el olor a lápiz, la estación Capitolio, la inmensa llanura, su luna febril me rebasa.

Somos un pedazo de tierra amorosa que gira en la noche universal.

El viento mece tu cuna de papel. Te amo como documento idílico entre el hombre y la mujer.

Vamos a iluminar la noche: tú siempre y yo tal vez.

País mío, lloro tu hombre de lata.

Necesito reparar el techo de mi apartamento. Una bomba de plutonio puede caer sobre mi cabeza. En el Norte la gente está disgustada con nosotros, los búfalos pastan en la pradera.

Crece un ruido demencial, Edgar J. Hoover lee mis cartas dentro de su casa de plomo; al teléfono está conversando con el espectro del senador McCarthy, ambos vociferaban que les debemos un dinero.

Venezuela les debe un dinero, no sé.
No me sorprende.
Todos estamos endeudados.
El Banco Central no quiere prestarme su oro.

Necesito comprar un escudo antinuclear.
Alguien quiere entrar a mi cuarto sin el permiso de rigor.

No me gustan los planes macabros.
Las invasiones.
Me preocupa el lago de Maracaibo.

Para ellos somos la manzana podrida en el cajón.
Afuera se está quemando más de un cañaveral.
Hollywood nos busca una salida cinematográfica.
Lo que sigue en el libreto.
Ojalá el teniente Rip Master, el sargento O' Hara y el Cabo Rusty no vengan por mí.
Claro, no atino un pensamiento. Debo concentrarme.

No voy ni vengo de una estadística exitosa. La TV es una máquina de moler sueños.
Detesto su energía apocalíptica.
Incendien los laboratorios de la droga.
En el noticiero están repartiendo las uvas de la ira.

Sonó la alarma.

Venezolanito que vienes, sigue en pie el coraje de tus antepasados:

Guaicaipuro, Tamanaco, el Negro Chirinos, el general Bolívar y Zamora andan sueltos.

Esto va a ser hermoso. Se están enderezando los manubrios en las galaxias. El que siempre ganaba, perderá.

Tú lo verás.

Postales

Querido Arañero:

Le abro cancha por las palabras, las que dan confianza, las de mi gusto.
Con usted, prefiero el trato de amigo
que permiten las causas comunes; compartir los recuerdos
que concluyen en el Patrullero, caimán de 120 metros,
de colmillos de oro y ojos de piedra pómez,
o el de la cometa que se fue a la isla y regresó con un saco de naranjas atado a la cola.
Lo sé, son cosas de niño veguero que cruza en paralelo con el muchacho que fui.
No vendí dulces arañas
ni tuve como zapatos las alpargatas número 3;
conocí el zapato roto reparado con cartón, agujeros mayores que una locha y un tanto menores que un fuerte.

Me contagié con la gripe asiática,
me la curaron con sopa de pollo,
donde el pollo se ausentaba, a la hora del almuerzo,

volaba la tapia con los huevos de mamá piroca.

Sufrí el sarampión, la lechina, la papera, el atropello de bicicleta sin freno, la mordida de perro callejero;

necesité de medio real para ir al cine, acompañé a Sandokan en la casa del tigre de la Malasia,

fui el chico más guapo de mi generación, montado en una tabla, sentado en una silla de barbero.

Lloré contra la almohada. Dolor de muela, tapones de guayacol.

Hambre tuve, pero en mi mesa siempre hubo pan. Le cuento.

Tarde soleada, rostro sudoroso.

Las caimaneras me regresan como *pitcher* zurdo, especie de Sandy

Koufax, un clavo que rompía el *home,* un verdugo, dicen en jerga beisbolera.

Todavía me recuerdan en Los Castaños, El Cementerio.

En aquellos baldíos, no traspasé una tortolita

ni un azulejo, utilizaba la china para atravesar latas de refresco, aceite y romper botellas de cerveza.

Le confieso: si alguien me hubiese puesto el sobrenombre de Tribilín,

le hubiese pedido cancha al amigo.

Estoy en mi fase de recuerdos, arañero. Por eso me nombro en demasía y me da por suponer que usted es de una generación que corre en paralelo con los míos. Episodios comunes, digo.

Comparto. Discoteca de los 70.

No más Miriam Makeba, adiós *Maletica verde*,

Nino Bravo,

guateque sabatino.

Dispense, Comandante, el surco rayado de mi infancia me viene para entrar en confianza. Como las canciones y anécdotas en su programa dominical. Aquí le cambio el disco.

Le escuché una vez que en el espejo de sus sueños se veía ponchando

a lo Ruiz Tirado, con la curva invisible del Látigo Chávez.

Leonardo, Federico y Wladimir nunca tropezaron una.

La bola venía lisa, vuelta un trapo, sin costura, como lanzada desde un cuarto oscuro;

el teipe se desprendía ante sus ojos,

la bola se convertía en cintas de colores, imposible de batear.

El cuento es largo, resumo. Al instante nombró a Tom Jones y cantó *Delilah*.

Habló de su salud y del país que usted metió en la cabeza de la pobrecía, con voz propia, mañana y porvenir.

Luego condujo un jeep, se metió por los polvorientos caminos, repartió tierras a los desheredados y casas a los sin casas.

Al fin de la jornada, decía usted que en algún momento del año 21 se marcharía al bosque, lejos de la ciudad.

No hablaba de cine ni de carros llenos de mermeladas, ni de galletas de trigo que se acompañan con queso.

Mencionaba como utensilio necesario una caña de pescar, una navaja turca, seguramente por si al Patrullero se le ocurría buscarlo fuera del río en su rancho de la selva.

Le bastaban el fuego, las sardinas asadas, libros y lápices.

A mí no me gustó imaginar su vida en el bosque ni la escena del sable pegado en la pared, al lado del daguerrotipo del cuartel de la montaña; tampoco la barajita donde aparece el Látigo Chávez y usted de guatón, pasado de peso, recordando en la mecedora aquel abril de puñales y traiciones.

Nadie se atrevió a contradecirlo.

Usted no es ese simbólico Henry David Thoreau frente a la laguna de Walden, en Concord,

Massachusetts, camorreao con el capitalismo en su retiro de desobediente civil; ni el *hippie* anacrónico que fundó comuna en California para detener los metales de la guerra.

Demasiado tarde para hacer dedo en la carretera.

Usted no puede retirarse. La multitud lo señala como el culpable de este sueño, el primero de la fila contra este mundo de chacales.

Si abril lo trajo del laberinto, no fue para que diga las frases del infortunio;

cristianos, musulmanes, judíos, sacerdotes de nuestras religiones ancestrales, ateos, lo reclaman.

Las lilas traerán su perfume primaveral, la alegría necesaria de volver a la calle.

Lo visible es que todo continúa en revolución.

No soy un poeta áulico ni usted un presidente para la cortesanía.

En sus planes se contempla desalambrar las tierras ociosas y otros asuntos por los que usted me anima a acompañarlo;

en los míos urgen libretas, cantos, ríos, personajes y calles de mi zona. Es mi manera de desalambrar las palabras, el poema, la poesía.

Hoy es 16 de julio.

Desde Maiquetía, sin aviso alguno, partió para La Habana por asunto de quimioterapia, pasillos

de hospital, tubos y máquinas donde el acero entristece.

Encima del Waraira, el cielo se encorva como piel de gato.

Mi casa invoca al Cristo de los Milagros, al de los templos y mercaderes; alguien pide por su salud. Los ancestrales consultan los caracoles, piden a Elegguá, *aché pa ti.*

Por la tarde, en Miraflores, cantó, le cantaron; el arpa sonó recia, animosa, traía un camino de flores.

La melodía lo llevó a recordar al corneta del batallón Farfán, muchacho de pie virado que no servía para el trote severo, condecoraciones y soles que concede la armada.

Luego, describió un pueblo selvático, megáfonos, plaza y retreta dominguera, propicia para invitar al softbol. Habló de su escalada al Chimborazo. Nos conmovió.

Desde su ventana se mira el verdor de un país digno.

Amigo, el manojo de llaves está encima de su escritorio, vuelva pronto para que las entregue a los sin casa de la tierra.

Ellos lo esperan, nosotros lo esperamos.

Entre usted y nosotros crece una llama de optimismo. Tierra yerma que va del polvo al fruto.

Octubre
4/10/2012
(Fragmento)

Todo lo que va a ocurrir bajo el sol
tiene su hora.

¡Dios, envía tu música! Hoy los gatos
cantarán su triste luna
sonarán como latas en el cielo.
Relámpago de pájaros. Se agrieta el firmamento
como piel de báquiro.

Hablaste de una llama consumida hacia polvo
y hacia nada.
Niño pregonero de la dulcería, peloterito de la
sabana,
allá en Sabaneta de Barinas,
trozabas el aire con un rabo de cerdo.
El estadio de San Francisco Gigantes, no te vio
colgando ceros.

Esos trapos, el hambre y la sed
sequía y lluvia, hierros que quedan después de la
guerra;

construir una casa, parar los tablones de los bueyes,
recoger lo sembrado:
citabas al Eclesiastés seguro de tu victoria.

Tiempo de recoger lo plantado.

Corría aquel año 2012, octubre rojo, día 4,
ante una multitud de desheredados, el hombre
se paseaba de un lado a otro empapado como un
caballo de lluvia.

La gente no pedía pan, sino unos maderos para
irse con él, más allá de la Bolívar, a lomo de burro,
sobre la luz muda de la tarde:
La gente no pedía pan, sino unos maderos para
irse con él, más allá de la Bolívar, a lomo de burro,
sobre la luz muda de la tarde: lontano, donde se
forma una horqueta en el camino y sucedes sobre
el polvo y quedas para siempre como un araguaney
sombreando la sabana.
—Eso es bueno, dijo, porque la tierra enamora.
De noche floreces de cocuyo, se ve como cien
pueblos iluminados, todos cantando—.

—Mi comandante—, le gritaban en el oleaje:
—quédate.
—Tiempo de ganar —respondía la multitud: con
esta lluvia lavamos la sangre de nuestros mártires.

Las palabras brillaban en circunferencia, daban vuelta por todos los sitios de Caracas y regresaban a su boca.

El comandante en gesto de obsequiar flores para los más vecinos a su alegría, alzó su mano hacia un cielo atún y espuma plateada. Bailaba y cantaba su guataca de muchacho divertido. Entraba en nuestras casas.

Yo lo vi ascender ese día, formando remolinos por los barrios de Venezuela, llevaba su bate y guante de béisbol, la gorra azul de su preferencia.

Lo acompañaban Cristo Redentor, la Virgen de Coromoto,

Guaicaipuro, Eleggua y espíritus de la sabana.

Ese día, se movieron las montañas y su gente;

los pobres llegaban con sus ranchos empinados,

todos juntos como tambores de cuero;

los edificios entromparon con sus avisos luminosos, montados en motocicletas; la ciudad entraba con su rueda mecánica por la avenida Bolívar, la pisada de los desheredados crujía en el asfalto.

El día se marchaba como una naranja gris

por los abismos del cielo

sonaba como tacada de billar

anotada en los salones del Radio City

El día quiebra su arco de cenizas.

El sol toca su clarín de miel.
Coloca su cresta colorada sobre las antenas de los edificios,
se esconde en los callejones de la ciudad,
pasa como un hilo de cobre hasta los pies de un gato,
la luz se derrama, mojada, en los rostros de la multitud.

Rompe los cristales detrás de unas bombonas de gas.

Saluda.

Se marcha.

Manos blancas

Los que incendiaron los árboles de la avenida
Bolívar,
reventaron las tanquillas,
arrojaron flores al rostro de mi amor.

Los que vinieron de antepasados,
metidos en sus castillos y se llamaron fundación,
grillete sífilis y empalamiento.

Los que se fueron a las puertas de los cuarteles
con mamá, el primo Donald, el tío Humberto a
gallinear, cantos de
guerra, consignas de patria las suyas
y abrieron el cráneo a la joven guardia nacional
y provocaron la refriega.

Manos blancas batiendo palmas de libertá, libertá,
libertá, aguas
pacíficas, curiosa la sangre que nos corresponde, he
aquí la crónica.

Ese día el compañero José Aníbal Oliveros Yépez
salió con su casa

al hombro, claro que tenía una puerta dos ventanas
y un sol sobre el
tejado, aquella casa plena de pájaros, pero ellos se la
empujaron hacia la muerte.

Viva nadie o vivo yo en el próximo minuto de mi
sombra les gritaba
José Aníbal, mientras el violador de la banda 13
desnudaba a la joven
policía en el asfalto de Mérida.

Yo le rogué que no lo hiciera, pero él se paró en sus
pezuñas y me
hizo arrodillar, él chillaba como rata, tenía alas de
murciélago. En el lugar
del corazón, se le veía un amasijo de gusanos,
muñones como alas, con
esas alas voló a las oficinas del rectorado; allí lo
titularon.

Luego declaró:
habito en un odio de pantalones cagados, así lo
aprendí por la televisión.

Desde ese instante duermo en Ciudad Aquelarre,
sueño con vientos
de faldones morados y velas derretidas.

Entre las paredes oigo el ímpetu lascivo de los curas cómo se
sodomizaban los unos entre los otros.

Me registraron en su libro de huésped, aparecí en los estudios de
la Nunciatura Goldwyn Mayer esnifando el humo del incienso y el olor
de los confesionarios.

¿Qué dirá el Santo Padre a los *ragazzos* de la vía Gomorra?

La academia abrió las bisagras del entendimiento, allí brillaba todo
como hueso pelado y ocurrió el milagro, Togado, compartí colegio con los
reyes de Babilonia.

En Europa se comenta el suceso, prometen días de gloria.

En la camioneta Valle-Coche comentaban el acontecimiento.

—¿Qué dirá el santo Padre de Roma?
—dijo uno.
—¿Afectará al sistema solar?

—dijo otro.
—¿A la vaca al jabalí?, dijo el chofer.

Claveles rojos.

Balada para el hijo de María y el carpintero

Señor,
deja a tu muchacho entre nosotros.
Lo necesitamos.
No es chico malo mi amigo,
solo le dio por marcharse por esos caminos
de humo, tempestades y brillo.
Ayer desayunó temprano, cantó al agua de los ríos,
la sombra de plata de los peces; se fue a desalambrar tierras
y repartir con los suyos los frutos del mar.
Esto es el principio: los ferrocarriles van entre los árboles,
resplandecen de hermoso niquelado, pasan veloces:
suenan como tropel de caballos.
A esta hora los operarios atornillan los rieles.
El maquinista no se ha comprado aún su reloj de oro.
La tubería de gas cogió camino al fondo del océano,
pasó por Colombia hacia los telares de China.
Necesitamos tu máquina celestial para medir el sueño del amor.

Viejo, ve al fondo del salón y selecciona otro disco:
la noche está tan bella,
todo es silencio y calma; dale aguja a la llama viva del rocanrol,
algo de la pianola Mozart, joroperas de la brisa.

Dicen que bailas solo y lloras cuando escuchas *blues*.
Eres un sentimental.

Deja la cosa, cierra el grifo: sóplate los papeles de la guerra.
Me agradas, aunque a veces no entiendo cuando tiras la puerta
y se rompen los vidrios en los terremotos de Japón.
En la vaguada de La Guaira se vino el mar cabeza abajo.
Si tu hijo caminó sobre las aguas, podemos hacerlo.
Danos la oportunidad para voltear el marcador.
Las bestias feroces están conversando cerca de casa,
suenan y cantan
la cacerola.

Señor, deja a tu muchacho entre nosotros.

Lo necesitamos.
De verdad George Harrison te vio haciendo pulso con John Lennon.
Ese día, Ringo volaba los anillos por la ventana,
sonaban en el aire como la paloma del Espíritu Santo.
Dylan predecía la tormenta sobre la Casa Blanca,
Janis daba alaridos en su carrusel
Recuerdas.
Te agradecí por haberme permitido dar el leñazo sobre segunda, en aquella caimanera
polvorienta y soledad, la ceremonia fue como la hacen
los grandes ligas
un beso volado al cielo, tu antigua casa.
Mi Dios, yo supe del animal, sus colmillos
las grietas de su piel.
Lo vi invitar a palacio con los suyos, aquel marino, el cura,
el payaso
el hombre de cabeza ovoide.

Tenía pezuñas de cabro el animal
y una marcha que lo celebraba como si fuese
una burriquita heroica.
Aquello venía por la autopista,
invitaba a palacio.
Chillaba, pedía sangre.

Cabeza calva, zapatos blancos
tocaba el piano como si fuese la última vez.
Bailaba, patas arriba a la sombra
enseñaba el pudor de sus vísceras
tenía hambre: todavía no se había comido
la pared del Liceo Fermín Toro
solo fue un intento.

Señor, Tú sabrás qué hacer, aquel día de abril se llevaron a mi amigo
para que durmiera entre culebras y alimañas. En la cueva hablaban alto,
ruidos de burras salían de sus bocas, silbaban candela, caminaban por el
salón en punta de casco.

No mientas, viejo, tú ayudaste. Esa madrugada regresaste a mi
amigo del averno. Estoy preocupado, Tú lo sabes, no vine a conversar
contigo un tratado de teología acerca de tu presencia.
Escucha.
Si cumples, yo te regalo un casco de acero y una casa de plomo
con un huerto para tus rosas.

Puede que venga la próxima guerra.
Piénsalo.
Deja a mi amigo entre nosotros.
Dios te bendiga Dios. Y amén.

De la guerra
(Pesadilla)

Padre, me dicen que vendrá la guerra. Ayer me la mostraron en los
noticieros de la tarde. Siete espejos, barriles de pólvora y un hacha. Se la
traen de Arizona en carreta de bandido, forrada en sacos de arena. Cuando
llegue la guerra, si es que llega, se aflojarán los clavos, los huesos de las
grandes mansiones. Los carros fundarán sitio en el aire, camino del mar.
En el campo las vacas no beberán agua. El río no será el río sino
espuma verde disecada en la maleza. La ciudad se esconderá en una
abertura del cielo. Las mesas se irán a buscar comida al lado este de la
ciudad. José preguntará si me alistaré en el galpón de voluntarios. José
me quiere de héroe, con calles en mi nombre y desfile militar.
Qué decepción. No sería capaz de estallar en pólvora el fortín conmigo

adentro. Me conformo con heredar la tiendita de tabaco del poeta
Pound con su balanza y sus frascos brillantes de pulcro violeta.
Cuando llegue la guerra, si es que llega, en el billar no quedará nadie.
Daniel Molina apagará la radio, la luz, cerrará la puerta, observará por
la ventana el celaje de los aviones.
No me agrada la guerra, que se la lleven al establo del padre McKenzie,
donde Eleonora Rigby le da de comer arroz a las palomas. La guerra es
una noche de cuchillos. Su canto emite alaridos en los bosques, silba
como serpiente.

La guerra le quebró una pata a san Ignacio de Loyola; medía uno
ochenta pero una bala de cañón lo devolvió de uno setenta y cinco.
Alma sufriente la de san Ignacio, el hueso le quedó como un manubrio,
dolía de eterno dolor.
Así que una tarde en extraña fabla con la Virgen y el Divino Niño, les
dejó el yelmo, el arcabuz y se fue de santo entre mujeres. San Ignacio

de postguerra sin casa y sin alimento, camino de
Jerusalén a redimir el
cuerpo de Cristo.
No lo puedo olvidar, en la Guerra Federal quebraron
la sombra miles
de personas: miles más uno, si contamos a mi
general Zamora. Una de
las tantas guerras dejó una esquirla en el cráneo del
poeta Apollinaire,
de allí salieron el París nocturno, los músicos, Juana
la Loca, el brazo
manco de Blaise Cendrars. Más de veinte millones de
rojos se quedaron
bajo los campanarios sin cantar *La Internacional.*
Las palabras nos amenazan, traen la línea quemada
del crepúsculo. El
noticiero dice que vendrán por nosotros. Se llevarán
al que hizo esquina,
las mujeres de mi barrio, los muchachos, el
paraguas, la canción.
Calles de Santa Rosalía, brilla de gatos la noche,
conviene que el noticiero
se equivoque, dan de favoritos a los Tiburones,
ángeles de Blake, tráiganme
la hebra victoriosa de los Navegantes. Si yo tuviera
un martillo, martillaría
toda la mañana, cantaría mi mundo de amor
pegando clavos en el cielo,

recados de sobreviviente. El satélite me devolvería el testimonio de las
aguas serenas, los cerros pelados de San Agustín.
La noche arde de lobos. Ejecuto mi suerte de equilibrista. Camino la
cuerda entre dos edificios. Los ojos de tía Margarita me observan desde
la ventana. Soy su muchacho en la matiné del cine Prado. Debajo
pasan los autos, humo y mariposas brillantes, aire envenenado. La tía
andaba de moño y ganchos que lo sujetaban, cabello encapsulado en
una malla. Decía: ayer tu hermano vino por el periódico. Dejó en un
plato los resultados del béisbol.
Boca rota del cielo, manzanas de vidrio molido. En un cuarto del hotel
Cacique alguien se arranca los dientes.
Padre, todo esto me rebasa, escribo para exorcizar el mal sueño de la
guerra. Tengo sed, tengo sed, tengo sed, dame agua.

De la paz
(Vigilia)

Padre, tía Margarita dice que el *rock*, el *jazz*, el *blues*, el mambo, el
bolero, el tango, la fulía es de ella, los gansos que se comen los lobos,
Jesucristo en su pan blanco, la plenitud, el vacío, Mahoma, la montaña,
los ojos del tigre, las plumas del gran camello, el viento, los gallos de
madera, la trompeta de Jericó, tú la conoces, no digas en la asamblea
que Juan tiene la clave, apártame de la batería de la guerra, ayer soñé
que bombardeaban a Caracas, toda la ciudad comida por langostas. Las
patotas destapaban en los garajes la piedra de amolar. En las esquinas
volteaban las alcantarillas.
Lontano de la ciudad, papá, sucedía la pajarera contra la voz del cielo. Se
desprendía el azul como más nunca galopaba por la llanura hacia Caracas.

A lo lejos cantaba la soledad amores de ojazos
negros. —¡Vamos mi
bordón! decían los alambres. Las maracas sonaban
la polvareda de Ángel
E. Acevedo de Garcita a La Culebra. El sol estaba
lleno de ron y otras mieles.
Hacía una pausa y se metía en la laguna a beber
agua. Tenía la cara
colorada de tanto sol, puro humo por la sabana.
Ardía, se sentaba a fumar
encima de los árboles. Decía el sol: ¿Dónde estará
Juan Olivo de la escuela
Prudencio Diez allá en el Cementerio? Se fue para
La Pascua y no volvió,
gritaron detrás del pajonal. El arpisto tejió una de
joropo recio. Las aguas
se retiraron, se fueron a conversar en su tropel de
palabras. La bandola y el
cuatro decían adiós. El joropo se metía en las
alcobas; cargado de verde no
le sirve el hombre de ciudad.

A mi papá lo fundé en una estaca de mi infancia en
un día de luz roja y
mucho viento. Me lo metí en el bolsillo, lo forré con
teipe junto con mi
navaja y así nos fuimos, subidos a una luna
niquelada.

Mi papá brillaba como el flechado luminoso de la Gran Avenida.
En aquel entonces poseía un radio de madera y mimbre, cornetas punto
azul y un reloj de oro, en ese radio corrían los episodios de la gran guerra.
Había explosiones allí adentro, carros de fuego, madera quemada, los
techos de las casas se desprendían. El gallo de la veleta se había marchado
a Moscú, Europa, en los casinos se jugaba a la ruleta rusa. Caracas era
un galpón de cuero, flor de amaranto, moneda de plata, señora mía: solo
necesitábamos el aval de una máquina de hierro con tuercas de acero, una
estrella de lata alrededor de un hueco en el asfalto. Los ojos de perro amarillo.
Mi papá era de cabilla y asfalto pero tenía un olor de flores de pueblecito
andino, era hermoso en sus cuarenta con su Chevy al hombro.
Mi padre es un caballo que se asoma por la Avenida de El Cementerio; él
mira de un lado a otro y espera que pase la carreta de Rafael Pestana, un
cajón de madera, flores y pienso atado a una mula.

Viene del circo donde su amigo Máximo Lobande
dio un giro en el aire
y desapareció sobre una estela de hilo verde ante los
ojos del público.
Esa noche pasó el delfín por el aro de la muerte, los
muchachos de Los
Castaños se comieron al tigre de bengala, encanaron
al oso frontino; aún
toma avena en los circos de Italia. El Buzo Nelson,
el Flaco Barrios y el
Perro Galito soltaron su animosa salsa, rajaron los
metales, grabaron sus
voces en el reproductor de un viejo Studebaker,
papeles amarillos volaron
detrás de la gasolinera Nuevo Prado.

No se alimenta con manzanas; si va al estadio se
sienta por el *center*
field a beber cervezas, me compra naranjas, papas
fritas, refresco,
raspado de cola. Me pide que aprenda el uso de la
brújula, de los
instrumentos de vuelo.
Padre, no tengo ambición.
Debería tener una ambición para complacerte:
cursos de verano y
lanzamientos de togas al aire, doctorarme en
melancolía XY o catador de

vino en la cueva donde curdearon a Polifemo,
llevarme el campeonato
de bateo de la liga nacional. Aprender el buen uso
del escalpelo para
talar la carne podrida, llenar el álbum de barajitas
de la Guerra de la
Independencia. Nada de eso, me hice cantalazona en
los baldíos de Mario
Pestana, sentado sobre carros abandonados,
cercanos al rancho de Kid
Carson–Tierrezgu, soy un miranubes, un vaticinador,
sé cómo evitar
desastres, ver en las aguas del río donde bañarás la
mañana. Esta semana
me dormí en el metro.
En el sueño vi en la abertura del cielo descender
una gota de sangre,
venía del profundo azul. Salían aviones de combate,
vi a los maestros
de la guerra señalando en la oscuridad de un salón
el mapa de nuestras
ciudades. Desperté en la estación La Hoyada, escribí
las palabras debidas
para que no suceda, María líbranos de todo mal.
Papá aprendí de ti y de mamá, a sacar agua de la
arena, repartirla y beberla.
Siempre los amé. Cuando bajabas por la esquina de
Marcos Parra, al verte

de lejos sabía que eras mejor que Clay Hollister, el *sheriff* de Tucson. Nunca
me imaginé que ibas a morir tan joven, pensé que eso podía sucederle a
otros: el Kennedy, Manolete, Pedro Infante, Beny Kid Pared; tú eras eterno,
con guayabera y lentes de carey. Lo tuyo ocurrió de súbito, semanas sin
diagnósticos, tanto misterio, rotura de un aneurisma. Pensé que el Camel
sin filtro acabaría contigo, no tanto la cerveza por los bares de Carmelitas.

Me dejaste, soy un planeta errante. Volví de la luna expulsado de mis
partidos de béisbol. No me permitieron batear en la novena entrada. Los
pensamientos golpean dentro de mí como un badajo de hierro a una
campana de humo: vuelve Enriquito Pérez, lo bajaron en la avenida El
Cementerio, desarmado en aquella lucha armada. No tengo escapatoria,
las llaves de Caracas están atadas a los cordones de mi zapato. En cada
esquina dejo un beta desclasificado.
Toco mi melodía en un peine sin grasa entre los dientes, forrado con

papel de cigarrillo. Silbo como un gato hidráulico.
Voy donde me llevan,
no puedo dormir en sus hoteles, ni falta que me
hace. Y si me hiciera, me
serviría como aposento la tarima donde Carlin
Rodríguez cantó su guataca
interminable, la grama del parque Los Caobos
donde Víctor Antonioni
pinta los arlequines de la noche. Raúl Medina ¿qué
buscabas lanzado a la
intemperie en tu aureola de navajas?
Papá, no cargo documentos. Los dejé en la butaca
del cine Arauca a un
lado de la bufanda de Cantinflas. Afuera está el bus
de la recluta.
Llegó la jara.
Las palabras, un cero de humo, la sensación de que
habitas en ellas por
ser el que soy, te veo en la ciudad de los vidrios,
tarde luminosa esperando
que se asome Billy el Niño y su caballo amarillo
para volarle el sombrero
de una pedrada.
Eres un muchacho que se vino de su pueblo con
uno de los hijos de
Moncho Rangel.
Escenas amapolas, pálidas naranjas.

Si hay peligro no lo advierto, vengo con todo
arrastre por la calle que
temía. Llevo tu corazón y lo exhibo en vitrina. Soy
marzo con otro
atuendo, tendido sobre tus labios cercanos, sacando
el polvo de nuestra
risa. En el *saloon* nadie se mira al espejo.
Pancho Villegas toca una melodía perenne.
Deberíamos cantar la samba
la bella Caroline se marchó por la ventana del
cuarto de lencerías en
un avión dibujado en el baño. Se fue al este del
Paraíso con James Dean,
salvados en el abismo de los carros envenenados.
En esta cartelera de corcho, escribo cartas, mensajes
sin respuestas,
polvos y calles donde perdí mi sombra, huesos míos
que bailaron hasta
el amanecer frente a un radio de pila, *El pájaro
bañista*, The Trashmen.
De estas oficinas se fue Manuel Antonio Sanoja,
tocando el violín en
clave Morse, Toño Betancourt, Pancho Villegas, una
misa de merengues
rucaneaos, valsecitos de Juancho Lucena. Antonio
Ruiz, eras un verdadero *crooner,* el bolero era
tuyo.

SANTO GINSBERG Buda te Bendice
Las mejores mentes de mi generación
Desaparecieron en aquella montaña
O en los sótanos de los edificios de la
comisaria
Ciudad mi Ciudad de faroles encendida
a la 6 de la tarde
Se los llevaron por aquel boquete oscuro
Camas de rosas cuerpos empapados en
agua
Chispazos de picanas eléctricas
Los encerraron en fábricas y oficinas
Muchachas muchachos abriendo las
manivelas de los relojes
Untando de grasa los tornillos de las
maquinas
Vendiendo trajes de boda sacándole
lustres a un maniquí en los Centros
Comerciales
Bodegones melocotones de Georgia
Aceitunas de Jaén
El oro de olivares en aceite Atunes de
Noruega y aquellos muchachos pidiendo
un bocado en la taquilla del salario
Lindas chicas sacando ecuaciones en los
liceos nocturnos pan pobre en casa y a
veces una lata de sardina

(Estas letras quedaron olvidadas, sin remitente.
Un cartero eficiente las dejó en este sitio.)

Morirán porque el novio de la
motocicleta se las lleve por la ventana
del súper bloque
Último piso en volandas picando caucho
por la Cota 905 por esos sitios llaman las
Antillas
Mira que desde allí puedes ver el infierno de
luces de Las Vegas
Allá en Nueva York respiren nuestros nombres
millones de veces por minuto
Nos lanzamos al aire como un trozo de carne
jugoso
Las bestias de las guerras esperan nuestro
descenso para desollar la carne viva
Nos quieren molidos en la máquina de arrojar
huesos en polvo
Lo hicieron en Gaza
En el cielo se ven como estrellas estampadas en
cuero de pantera
Rebotan hacia el infinito como pelotas de
Béisbol
Regresaran algún día por sus casas
Ya enloquecieron a Joe, Annie y Mary en
Kansas Dallas Florida

El Cóndor no pasa por el altiplano
Ayer se estrelló contra los témpanos de

hielo del sur
Escucha Ginsberg las cerbatanas las
abejas y cigarras de Chile viven en los
vagones del metro
Los milicos llenaron de pólvora los ojos
de los estudiantes son las mejores mentes
Adiós Enrique Lihn Lemebel Tellier
Pasadas las diez de la noche mariposas
negras vuelan hacia las ventanas de la
casa rosada
Allí no vive nadie cripta humeante mal
tango
En Lima los gusanos brotaron en flor
sobre un campo de canela se marchitó la
flor
Déjame que te cuente hermano
colombiano
Los clavos de la guerra apuntan
contra ti, más allá de las Jiménez
de Quesada o contra nosotros
Poetas y artistas saquen ustedes
la cuenta
Mano a mano en El Libertador,
poetas y artistas veloces y
alumbrados en el rayo del
Catatumbo
Mi guitarra era un palo de escoba,

te juro allí sacaba los solos de
guitarra más hermosos que he
escuchado en mi vida
Santo Ginsberg Buda te bendice
en su reencarnación colócame
entre los mejores
Soy un músico excelente
Allá en los Castaños en el garaje
de Humberto Manrique
Recuerda las mejores mentes se las
llevó el televisor en un celaje de luz
Salieron por las antenas por los techos
del barrio hacia un capítulo inconcluso
de la Dimensión Desconocida
A veces se escucha: Hey tú de cuánto

Cuánto bateó Cesar Tovar ayer
No lo sé Camaleón García dio el golpe
de oro en la baja del noveno una tiza
por la línea de cal de primera
Oswaldo Arvelo lanzó una botella vacía
hacia la luna
Pegó en una valla donde la zorra se
comía las uvas
Las palomas echaron a volar hacia la
plaza Capuchinos
Las mejores mentes tejieron y

destejieron y en el aeropuerto solo
quedo una maleta rota muriendo en
cartas de amor.

En el avión no arribó nadie solo
un señor de bigote gris
se fue a su encuentro a una
ciudad donde todos botaron en
el gran pajonal la llave de oro de
los éxitos.
Por la noche se monta en un
farol de la autopista Este/Sur a
contar estrellas fugaces
Las mejores mentes Jesús en el
Monte de las Bienaventuranzas
Los que fueron llamados escorias
y pestes lejos de casa regresaron
y repitieron la filocalia besando
la tierra.

Avísale a mi contrario que aquí estoy yo
Tito Rodríguez

Índice

Antiguas notas de armonía 7

LETRAS

Pd: he aquí mis confidencias 39
Soy un paisaje... 41
Amo a Norteamérica... 48
Tengo una culebra contigo... 50
Venezolanito que vienes... 55

POSTALES

Querido Arañero: 61
Octubre 67
Manos blancas 71
Balada para el hijo de María y el carpintero 75
De la guerra 80
De la paz 84
Santo Ginsberg 92

Letras y Postales a EUA
se imprimió en noviembre de 2026
en Impresos Canaima
Caracas, Dtto. Capital, Venezuela
Son 1.000 ejemplares

Fundada en 1968, Monte Ávila Editores Latinoamericana es la editorial más importante de Venezuela, con más de 3.500 títulos editados. El sello del Estado se ha caracterizado por su diversidad, amplitud de criterios y atención a los temas y tendencias estéticas e ideológicas de nuestro tiempo, orgullo cultural en Venezuela y América Latina.

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

En *Letras y postales a EUA*, William Osuna sitúa la poesía en el centro de las tensiones históricas de Nuestra América, atravesada siempre por el conflicto, la fractura y el duelo. Frente a unos Estados Unidos caracterizados por mantener políticas de guerra y devastación, esta obra, opuestamente, apela a la conciencia creadora como factor de convivencia. Se escribe, así, desde una América Latina que persiste en el diálogo y la paz, con la certidumbre de que «todas las voces, todas; todas las manos, todas; todas las sangres pueden ser canción en el viento».

Colección Los Espacios Cálidos

Inspirada en el libro homónimo de Vicente Gerbasi, Los espacios cálidos es un punto de encuentro para la poesía, sus diversas voces, generaciones y tendencias. Se reúnen aquí autores que, con una larga trayectoria poética, enaltecen nuestra literatura.

9 789800 127056

MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

República Bolivariana de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la
CULTURA